

PRINCESA

Cuando yo era joven quería ser princesa. De las que sueñan despiertas con una sonrisa bordada en la cara. De las que bailan con príncipes que prometen amor eterno. De las que comen perdices viviendo su cuento.

Cuando yo era joven y quería ser princesa, me gustaba admirar cualquier página que oliera a letras. Rozar ese verso que brotaba de unos labios sinceros, de unas manos limpias, incluso de la piel. Me gustaba también reír, soñar, buscar deliciosos aromas musicales, voces tiernas con las que devorar canciones.

Cuando yo era joven, me gustaba estar con él. Porque supuraba melodías, palabras y sueños. Porque transmitía la magia de la calma. Y, por eso también, cuando yo quería ser princesa, decidí juntar mis versos con los suyos. Aún sin tener pretenciosos vestidos, un albino rocinante o dos madrastras hechiceras. Escribiríamos nuestro propio cuento.

Y, entonces, cuando yo quería ser princesa, nuestras vidas se fueron fundiendo. Y lo hicieron del todo. Tanto que, sin apenas darme cuenta, nos convertimos en uno. Y ese uno comenzó a llevar un solo nombre: el suyo. Ese uno fue dejando de esculpir vocales. Comenzó a desteñir canciones. A rebanar sueños. Su voz se fue tornando graznido. Sus manos se bañaron en acero.

Y la princesa que yo quería ser cuando era joven mutó en costilla. En un anexo ahogado a su sombra. En una voz muda que ya no sabía cantar. En una sonrisa borrada a golpes. En una página en blanco que se consumía entre sus manos. En un sueño inerte que ya no bailaba, reía o amaba.

Cuando yo era joven quería ser princesa. Ahora solo quiero escupir las perdices. Recomponer mis pedazos. Volar de ese cuento. Reescribirlo con mi nombre. En mayúsculas.